

Color – de – vacío

Del estancamiento pulsional al objeto causa de deseo

“La libido en Freud es una energía susceptible de una cuantimetría tanto más holgada de introducir en teoría cuanto que es inútil, puesto que sólo son reconocidos en ella ciertos quanta de constancia. Su color sexual, tan formalmente mantenido por Freud como inscrito en lo más íntimo de su naturaleza, es color – de - vacío: suspendido en la luz de una hiancia...”

Escrito “Del trieb de Freud y del deseo del analista” Jacques, Lacan

Subrayo “*su color sexual es color- de- vacío*”. Para desplegar algo en torno a esta cuestión se me hace necesario un recorrido que les propongo. Enlace entre pulsión, objeto a y deseo del analista.

La pulsión, “dato radical de nuestra experiencia”. Su estancamiento:

La sexualidad humana está condicionada por el lenguaje. Los significantes muerden la carne del viviente, la demanda del Otro interpreta el grito del infans introduciéndolo en el campo del deseo. Es a través de las pulsiones que podemos captar algo de esa sexualidad. Las modalidades de goce se escuchan, se leen en el montaje gramatical que la pulsión implica.

Así como la lógica de incompletud caracteriza al inconsciente, precisamente porque en el campo del Otro hay un significante que falta, por el lado de la sexualidad ubicamos la falta de determinación respecto del objeto. Los objetos pulsionales serán bordeados, rodeados, recortados por el circuito pulsional. La estructura de hiancia característica del inconsciente impacta en la sexualidad.

Lacan relee “Pulsiones y sus destinos” y resalta que el objeto de la pulsión es “*enteramente indiferente*” (1). No hay un objeto determinado biológicamente, por instinto, que satisfaga la pulsión. Ese objeto de entrada está perdido y habilita la instalación del circuito pulsional. Si sostuviéramos que hay un objeto adecuado a la satisfacción de la pulsión, bastaría darlo para frenar la demanda. No sucede eso en la experiencia.

No se trata de la satisfacción de una necesidad biológica que se alcanzaría, por ejemplo, en el punto de saciedad del apetito, con el objeto – alimento. La pulsión, su empuje, es una fuerza constante que hace circuito.

El posicionamiento “hombre” o “mujer” se define en la trama edípica, identificándose a las trazas que se toman del campo del Otro, vía significante.

La satisfacción de la pulsión se realiza de algún modo, a veces demasiado costoso para el sujeto porque se le atora en el cuerpo. Es ahí donde Lacan justifica la intervención de los analistas, cuando hay un padecer de más, cuando la pulsión se estanca en el recorrido que debe realizar alrededor de un objeto que, al final, cae.

El síntoma también realiza la satisfacción pulsional. En el análisis, se trata de rectificar la satisfacción de la pulsión, posibilitar que el circuito no se estanque, que la satisfacción sea por otras vías, que se anude al deseo.

Al comienzo de los análisis, solemos escuchar el pedido, la demanda de restitución a un tiempo anterior en el que la cosa marchaba, encontramos ese padecimiento en más y la ilusión de que habría un objeto determinado que aliviaría el malestar. El trabajo de análisis con las formaciones del inconsciente (sueños, lapsus, síntomas, chiste) orientado por la lógica de incompletud, va produciendo torsiones y reanuda el circuito pulsional que se presentaba estanco. Las operaciones que se van inscribiendo, las intervenciones, las interpretaciones que producen una máxima diferencia entre el objeto y el ideal, van rectificando la satisfacción de la pulsión. Amarrada a la lógica del inconsciente la pulsión va y viene, prosigue su circuito. Esto ya es una ganancia para el parlêtre porque de otro modo, aunque la pulsión se satisfaga por cualquier otra vía, la acumulación de la tensión revienta el cuerpo, lo lesiona.

Freud consideraba fundamental el vaivén en el que la pulsión se estructura y para dar cuenta de ello recurrió a la gramática pulsional, a las reversiones verbales que se escuchan en el decir del analizante.

Esa gramática acontece en tres tiempos. “Mirar, mirarse, hacerse mirar”. Carácter circular de la pulsión. Tomo acá la mirada como objeto pulsional, en el intento de articularlo al “color – de – vacío” que luego retomaré.

Que un análisis avance hacia el tercer tiempo gramatical acarrea consecuencias. Se produce un pasaje desde el sujeto acéfalo de la pulsión, a la aparición de un sujeto dividido por el objeto que lo causa. (2)

En la frase “hacerse mirar” ubicamos un sujeto implicado en lo que dice, la actividad de la pulsión y el objeto que se recorta, que cae, tornándose entonces causa de deseo.

La satisfacción de la pulsión se rectifica, no queda anclada en un objeto sino que prosigue su circuito. Lo novedoso es el surgimiento de un sujeto advertido de lo que relanza el circuito pulsional, es decir de la falta de objeto.

Al “hacerse mirar” se sitúa también el enlace al otro. Me refiero en este tercer tiempo al otro con minúsculas, al otro que es prójimo. La rectificación de la satisfacción pulsional impacta de un modo preciso no sólo en las modalidades de goce del parlêtre sino también en el lazo social que entabla con los otros.

Objeto a, causa de deseo, articulador lógico:

En el seminario 11, Lacan es interrogado respecto de la diferencia entre el objeto de la pulsión y el objeto causa de deseo. La pregunta insiste, a mi entender, porque ahí hay dos vertientes del objeto a que confluyen. El objeto de la pulsión se recorta en el recorrido que el circuito pulsional realiza. Es en presencia. En cambio, el objeto a es causa de deseo cuando prima la ausencia, cuando se ha producido la caída del objeto pulsional, relanzando el circuito.

Respecto de la constitución subjetiva, ubicamos en el fundamento un conjunto de significantes al que al menos uno le falta. Las trazas recortadas del campo del Otro demarcan un vacío de significación e indeterminación del objeto. El deseo resuena en la demanda. Es la falta lo que habilita la pregunta “¿qué soy para el Otro?” Ante eso el sujeto se efectúa, en sus respuestas.

Nos dice Lacan, “*No es que el deseo se enganche al objeto de la pulsión, sino que el deseo le da la vuelta en la medida en que es actuado en la pulsión*”.

Si el deseo se enganchara de modo directo al objeto de la pulsión, entonces, se cubriría el agujero, esa falta que habilita el recorrido, se acabaría la fuerza constante, su empuje. El deseo no se engancha, circula, da vueltas alrededor del objeto.

Lo que nos hace hablar es que en la causa falta objeto. Pero hablar nos deja inmersos en el mundo del malentendido.

El objeto a, como causa de deseo, es un operador lógico en la estructura que al mismo tiempo en que es inconmensurable, indecible, relanza un decir, propicia el movimiento conmoviendo el estancamiento de la pulsión.

El objeto pulsional, cualquiera de las especies, cae al final del recorrido, del mismo modo en que “*vemos surgir un sujeto nuevo*”, un sujeto advertido del goce que lo habita.

En la clínica escuchamos la gramática pulsional, en la demanda del analizante se actúa la pulsión, vehículo para el deseo. El objeto resuena en las producciones del sujeto, en las formaciones del inconsciente, en la angustia, en el síntoma, en el acting, también en el fantasma. El decir que el analizante despliega en transferencia, los significantes que se van recortando, evidencian el “*objeto a, ese agujero que se designa en el nivel del Otro*” (3)

Estar advertidos que el objeto, causa de deseo, antecede al sujeto y no a la inversa posibilita que en la clínica no caigamos en la tentación de ofrecer objetos que gratifiquen al paciente suponiendo que habría alguno que detendría la demanda.

Deseo del analista, su función:

El psicoanálisis nos propone considerar el sujeto como un efecto entre lo que irrumpe y sorprende en el decir y lo que se sabe, saber inconsciente. En la hiancia lo real, lo imposible de decir que causa, mueve a seguir diciendo, a seguir produciendo. La experiencia en un psicoanálisis implica leer el deseo que pulsa en una trama que se dice. El punto nodal es el deseo.

El deseo del analista cumple una función, permite establecer la máxima diferencia entre el objeto a y el ideal, produciendo una liberación respecto del estado de amordazamiento y de obturación del deseo del analizante, esclareciendo el punto de sujeción al Otro.

En tanto el analista no responde a la demanda de restitución narcisista, no ofrece un objeto tapón, eso posibilita tratar la pulsión. El analista es llamado a ocupar el lugar del ideal, demanda que es singularmente distinta para cada paciente, pero que supone un saber en el Otro respecto del padecimiento y del objeto que podría aliviarlo. Advertido de la falta de objeto determinado, se puede aislar el objeto a, situándolo a distancia del Ideal. Eso reanuda el circuito y propicia la salida del estancamiento pulsional.

No hay modo de producir un trastocamiento del padecimiento sin las palabras, sin la puesta en acto de la realidad del inconsciente con el analista, en transferencia. Lo sexual resuena en lo que el analizante profiere, asociación libre mediante, que no es posible sin abstinencia por parte del analista.

El analista presenta en la escena el objeto a, con lo cual el analizante se ve convocado a tomar posición sujeto. Es función de analista ofrecerse al lazo discursivo como soporte del objeto a, causa de deseo. Eso es posible en tanto está advertido, por la experiencia analítica misma, que el objeto es un antecedente lógico de la efectuación sujeto.

El analista está advertido de lo Real, que el objeto está perdido de entrada, que el significante no puede decirlo todo. Por ende no puede ubicarse como siendo el objeto a para el analizante, sólo puede disponerse al *semblant* para que prosiga el movimiento subjetivo, para que la pulsión no se estanque, para que el goce tenga una administración diferente encausada en el deseo que lo regula, para que surja un sujeto nuevo al final del recorrido advertido del goce opaco que lo amordaza.

El analista en función hace semblante de objeto a, causa de deseo. Vaciado de ser – saber - poder, se dispone a la transferencia. Si el deseo de analista está operando hace lugar a lo que el analizante transfiere y se presta a un discurso, hecho de palabras, en donde resuena lo real.

Con la palabra, en el vaciado de significación de la demanda, y en tanto allí se presentifica algo del a – causa, es posible un goce distribuido de otro modo. En el fondo, en el trabajo

de acotar la demanda, lo que queda es el deseo como regulador. El analista, prestándose a ocupar determinada posición, favorece la producción, por parte del analizante, de un despliegue significativo singular donde resonará el deseo, acotamiento de goce. Algo debe ponerse en juego en lo Real para que un pase de sentido se produzca y haya cambio de posición.

El objeto a es no especularizable. El analista se presta como soporte, sin serlo, sin saber cuál disfraz el analizante le adjudicará bajo un supuesto. Lo que da lugar a la aceptación, por parte del analista del atuendo que el analizante desplegará con su decir en transferencia es el deseo de analista que le permite su función.

Retorno al color – de – vacío

Siempre me ha llamado la atención el modo de decir de Lacan respecto de lo Real, sus recursos variados a la hora de intentar una transmisión. Así, invoca al trueno, al relámpago, como lo fuera de lo simbólico, lo imposible. Encuentro ahora el color. La diferencia es que los colores no irrumpen sorpresivamente sino que están ahí, nos rodean. Lo resalto, entonces, como borde entre simbólico y real.

Recordemos el escrito que les menciona, ahí cuando Lacan trabaja la pulsión articulada al deseo del analista, ubica que “el color sexual es color – de – vacío, suspendido en la luz de una hiancia”.

El mito edípico resulta fundamental para circunscribir lo real. En el seminario “De un discurso que no fuera del semblante”, plantea que no hay en el lenguaje más significación que el falo. El lenguaje sólo connota la imposibilidad de simbolizar la relación sexual. *“...el hecho de no estar constituido más que por una sola significación da al lenguaje su estructura, que consiste en que, porque se lo habita, sólo se lo puede usar para la metáfora...”*

Sin descartar lo que en los comienzos de la enseñanza de Lacan había dicho respecto del falo como significativo de la falta del Otro, marca del deseo, agregará en el seminario 18 que el falo se caracteriza por “*ser precisamente eso de lo que no sale ninguna palabra*”. La significación del falo señala el agujero de lo real.

Los colores necesariamente nos reenvían a otros significantes. Así se me ocurren algunos ejemplos: “Blanca nieve”, “caperucita roja”, “verde esperanza”, “azul Francia”, “humor negro”, “novelita rosa” y así podría continuar una larga lista. Significantes, sin – sentido, que para producir algún sentido necesitan asociarse a otros significantes.

También los colores dan cuenta de la singularidad, no será igual el rojo para una persona que para otra. ¿Quién no ha escuchado una extensa conversación respecto de si el color que se está viendo es rojo, colorado, un poco rosado, o cualquier otro que se les ocurra? Aún más complejo si a eso le sumamos las distintas variaciones, tonalidades, de un mismo color.

Es claro que no se trata de ver colores sino del deseo que se articula en el mirar.

Varias veces, en la clínica, he escuchado el recurso de analizantes a los colores en el intento de decir de lo Real.

Así un niño mezclaba colores primarios y secundarios para producir un color nuevo, intento de ficcionar su pregunta: ¿Cómo nacen los bebés?

Otro analizante trataba de dar cuenta del deseo articulado a una elección tomando como referentes unas cajas coloridas en los estantes de su infancia.

Otro se preguntaba por los sueños... ¿Se sueña en colores?

Si bien no es algo que en la actualidad se respete a rajatabla, los ritos fúnebres también introducen el uso preponderante de “colores oscuros” en la vestimenta o la prohibición de determinados “colores vivos”, mientras se está de duelo por el ser querido; también los colores van variando a medida que va transcurriendo el tiempo desde el fallecimiento, quedando establecida una secuencia.

Lacan escribe “color – de – vacío”, no se trata de un color específico, determinado. ¿Qué color puede tener el vacío?

Entiendo que de ese modo, Lacan está planteando que lo sexual es lo imposible de simbolizar e imaginarizar. No hay otro modo de aproximarse a lo Real que no sea a través de las pulsiones, lugarteniente de lo sexual. Color- de- vacío establece un borde a lo Real, lo imposible. Tal vez podría sostener el color como una traza en lo Real.

Ya dijimos que a lo Real se lo bordea con palabras, intentando situar el vacío de significación que nos hace hablar, intentando llegar a una escritura que amarre el goce y lo haga posible de otro modo, apostando a que la pulsión reanude su circuito si este permanecía estanco, que no se enganche a un objeto, que lo recorte.

Un paso más... en el seminario “Cuestiones cruciales” Lacan toma una frase cuya traducción es: “*Incoloras verdes ideas duermen furiosamente*”, para dar cuenta del sujeto que se articula en toda frase gramatical. Entre el sin – sentido propio del significante y el sentido que da la significación ubicamos el referente, lo real, el deseo, lo que resuena, lo que deja sin aliento.

Deslizamiento desde “Color – de – vacío” a “lo incoloro”.

La puesta en función de la operación analítica, ahí donde funciona el deseo de analista, es posible porque advertido de ese Incoloro, logra aceptar cualquier coloratura que el analizante le transfiera, para poner borde al Real que a cada uno le compete.

Amalia Cazeaux

(1) Jacques, Lacan. Seminario 11 “Los cuatro conceptos fundamentales”. Clase 23. Ed. Paidós.

(2) Lacan nos dice que “*Hay que hacer la distinción entre el regreso en circuito de la pulsión y lo que aparece – aunque sea por no aparecer – en un tercer tiempo. O sea, la aparición de ein neues subjekt, que ha de entenderse así – no que hay ya un sujeto, el de la pulsión, sino que lo nuevo es ver aparecer un sujeto. Este sujeto, que es propiamente el otro, aparece si la pulsión llega a cerrar su trayecto circular. Solo con su aparición en el otro puede ser realizada la función de la pulsión*”, Jacques Lacan. Seminario 11.

(3) Jacques, Lacan. Seminario 16 “De un discurso que no fuese del semblant”. Página 55